

SEGUNDA PARTE.

Señores.—No cabe duda, en que si la mujer ha desempeñado un papel muy prominente en las desgracias de la humanidad, es mucho mas notable el que ha representado en la felicidad del mundo. Para hablar sobre esta felicidad, doy por sentadas y reconocidas las proposiciones, de que no puede haber sociedad sin Dios, y que el engrandecimiento de los pueblos depende de la religion.

Paso por alto las grandezas de Sara, Rebeca, Maria, Séfora, Débora, Abigail, Judit y la Madre de los Macabeos, ilustres mujeres del Antiguo Testamento, cuyas costumbres, fortaleza y sabiduría, esparcen un gran resplandor sobre la historia del pueblo de Dios, pero que al fin no eran sino rudas figuras de María, la libertadora de la esclarecida raza de Adan, la predestinada para hacerle al mundo mayores bienes que todos los hombres. Recorriendo la vida mortal del Salvador, desde Belen hasta el Calvario, los tipos mas bellos que encuentro son los de la mujer cristiana. No me canso de admirar el valor de aquella Marcela, que viendo á su Divino Maestro acosado por los escribas y fariseos y gran muchedumbre de pueblo, mientras que los Apóstoles y discípulos con su silencio se hacian cómplices de las blasfemias que allí se hablaban, ella gritó voz en cuello: “Bienaventurado mil veces el vientre que te llevó y los pechos que te dieron leche.” ¡Oh mujer admirable! Los hombres callan, solo tú le confiesas; los hombres le acusan y tú le defiendes; los hombres le insultan y tú le adoras; los hombres le llaman hijo de Satan, y tú le proclamas Hijo de Dios. ¡Dichosa tú que le dejaste á tu sexo la gloria de que una mujer fuese el primer confesor, el primer apóstol y el primer evangelista del Salvador del mundo. Pero no es esta la única mujer que eclipsa á los hombres que rodean á Cristo: la Samaritana, la Cananea y la bella hija de Magdalo, son tres hermosísimos tipos de la fé, la esperanza y la caridad, y el mismo Hijo de Dios se admira de haber encontrado en ellas tanta virtud, y manda que su heroici-

dad sea predicada por todo el mundo. Todo esto es sorprendente; pero la sorpresa llega á los límites de la incredulidad, cuando vemos que en las sangrientas escenas del Gólgota, Jesus ha sido abandonado de sus discípulos, y solo unas mujeres le acompañan en su agonía, y con el corazon transido de dolor escuchan sus últimas palabras. A tal espectáculo, no podemos menos que exclamar: ¡Cuán grande, cuán bella y cuán superior al hombre aparece la mujer en la historia del Evangelio!

No menos bella é importante aparece la mujer en la propagacion del Evangelio. La naciente iglesia de Jope, mira á Tabita como su madre, y por eso al acudir á San Pedro para que la resucitase, le dice: “Volvednos nuestra buena madre.”

El establecimiento del cristianismo en Roma es debido en gran parte á Priscila, esposa de Pudente, principe del Senado, y á sus hijas Pudenciana y Praxedes, quienes con sus bienes mantuvieron al principe de los apóstoles y á los nuevos cristianos, y fundaron en su casa el primer templo á Jesucristo y el primer asilo á la Iglesia. Lidia en Filipos y Priscila en Corinto, hicieron otro tanto con San Pablo, y no menos le ayudaron S. Febe, Evodia, Synthichen y la gloriosa protomártir Santa Tecla, en la propagacion del Evangelio.

En Oriente, San Pedro fué ayudado por Santa Petronila, San Andrés por Maximila, San Mateo por Ifigenia, y San Felipe por sus dos hijas. De suerte que podemos decir con toda verdad, que los Apóstoles propagaron el Evangelio por medio de las mujeres.

Señores: no osaré entrar en el vasto campo de las persecuciones y los martirios, pero tampoco no dejaré de recoger una que otra flor de las que encuentre en mi camino para presentaros un hermoso ramillete, por el cual juzgareis de las bellezas del jardín. Santa Inés, esa niña de trece años, bella como un querubin y pura como un ángel, condenada á ser deshonrada en un lupanar, convirtió el lugar infame en santuario de la virginidad y templo de la fé; triunfó la tierna corderilla de los lobos lujuriosos que se le acercaban para arrebatarle su pudor, haciéndolos hermanos suyos en el martirio.

La ilustre virgen de Alejandría, terror y confusion de la filosofia pagana, lustre y gloria de la cristiana, á la tierna edad de diez y ocho años, confunde con su prodigiosa ciencia y valor inimitable al soberbio Maximiano; hace mártires á todos los filósofos y convierte al cristianismo á Porfirio, jefe del ejército imperial, y á casi toda la ciudad de Alejandría. Otro tanto podriamos decir que sucedió en Cartago con las Santas Pelicitas y Perpetua; en Antioquía con Santa Tecla, en Sicilia con Agata y Lucía, y en la misma Roma con las virgenes Martina, Susana, Cecilia, Anastasia, Rufina, Sabina, Sinforosa y Felicitas.

No hay duda que la mision del mártir era sellar la fé con su sangre y atraer los corazones, y que nadie cumplió este noble ministerio con mas gracia, con mas brillo y con mejor éxito que la mujer. No pudiendo ya ser mártir por falta de verdugos, se apresuró á martirizarse ella misma por la devocion, la pobreza, la abnegacion y la caridad. Esta nueva clase de martirio hizo que Menalia la Mayor, Nona, Macrina y Olimpiades en Oriente, y Mónica, Paula, Marcelina y Silvia en Occidente, fuesen las sólidas bases que sustentaron las gigantescas columnas que Dios dió á su Iglesia en los esclarecidos Padres é insignes Doctores Atanasio, Gregorio Nacianceno, Basilio, Juan Crisóstomo, Agustin, Gerónimo, Ambrosio y Gregorio Magno, quienes asombraron al mundo con su sabiduría, rechazaron la herejía á su nativo abismo, é hicieron brillar mas que nunca, la esplendorosa antorcha de la fé; y todo esto, segun ellos confiesan, lo debieron á esas gloriosas santas.

La destruccion del paganismo en el imperio romano, y el establecimiento de la Iglesia en Roma fueron sin duda alguna obra de la madre y la hermana del Grande Constantino. La grandeza del reinado de Teodosio fué debida á su esposa Plácida y á su hija la célebre Santa Pulquéria, quien mereció de San Leon Magno, el grande honor de que la nombrara su legado para combatir la herejía que habia triunfado en Oriente, y á cuyo celo tambien se debe la reunion de los concilios de Efeso y Calcedonia, donde fué condenado en todas sus formas el arrianismo.

No es Santa Pulquéria la única que pelea contra el cisma y la herejía; la emperatriz Irene, enemiga acérrima de los Iconoclastas, reunió el segundo concilio de Nicea, tuvo la gloria de presidir la última sesion, y personalmente acompañada de los ilustres Padres del sétimo concilio, restauró en Constantinopla el culto de las sagradas imágenes de la manera mas espléndida y suntuosa. Tambien el último concilio de Constantinopla es debido á una mujer, á la emperatriz Santa Teodosia, la madre espiritual de los búlgaros, kázaros y mozavos, y el terror del impostor Lecanomante y del hipócrita Focio. De lo dicho resulta, que con toda verdad podemos decir que todas las herejías de los primeros diez siglos de la Iglesia, fueron condenadas, destruidas y pulverizadas con el concurso y cooperacion de las mujeres. Dando ahora un paso hácia atrás hasta el quinto siglo, tiempo de las grandes invasiones de los bárbaros y principio de la edad media, vemos al cristianismo civilizando aquellas hordas salvajes y formando los gobiernos, las nacionalidades y las costumbres en armonía con el Evangelio, y esto por la influencia y cooperacion de la mujer.

La Francia es la primera nacion donde se adoptó el cristianismo como base de la constitucion política del Estado, y tanto por esto como por el apoyo que con igual fin prestó á otras naciones, mereció de la Iglesia el glorioso título de *hija primogénita*. Tan alto honor lo debe á una mujer; oidlo de boca del mismo Clodoveo en los campos de Tolbiac, cuando sus ejércitos, arrollados y casi vencidos por los alemanes, no le quedó mas recurso que levantar sus brazos al cielo y exclamar: "Jesucristo, Vos de quien Clotilde asegura que sois el Hijo de Dios vivo, si, como dice, Vos concedéis vuestro auxilio á los débiles y la victoria á los que esperan en Vos, yo imploro vuestra asistencia. Si haceis que triunfe de mis enemigos, creeré en Vos y me haré bautizar en vuestro nombre." En efecto, Dios oyó esta plegaria; triunfó el rey bárbaro y cumplió su palabra, pues á la cabeza de sus tropas se postró á los piés de su santa esposa, diciéndole: "Vedme aquí vencido; vedme aquí dispuesto á abrazar la religion cristiana." Entonces fué cuando San Re-

migio le dirigió aquellas célebres palabras: "Sicambro, adora lo que quemaste y quema lo que adoraste:" por las cuales podemos conocer el poder que tiene la religion sobre los corazones.

No solo Francia gozó de la benéfica influencia de las mujeres en el establecimiento de la monarquía católica. España debió igual suerte á la influencia de Indegonda, esposa de San Hermenegildo, y á Rigonta, mujer de Recaredo, fundadores de la nacionalidad española. Portugal, todo lo debe á su piadosa reina Santa Isabel; Inglaterra no puede negar que Santa Berta, esposa de Eteberto, fué quien le dió la fé que abjuró y la nacionalidad que aun conserva, y la Escocia tiene que confesar, que Santa Margarita, esposa de Malcom, es su mayor gloria. Las glorias de Enrique I de Alemania fueron debidas á su esposa Santa Matilde; y el reinado mas feliz que ha habido en aquellas naciones fué el de la emperatriz Santa Adelaida, conocida tambien con el glorioso título de Madre de los Reinos. Continuando la misma época, encontramos que esos insignes fundadores de órdenes religiosas y fieles guardianes de la ciencia y de la civilizacion, debieron todo su celo á la mujer cristiana, y por lo mismo, Escolástica, Pica, Juana de Aza, Teodora y Alet, no son menos gloriosas que los Santos Benito, Francisco de Asis, Domingo de Guzman, Tomás de Aquino y Bernardo, que recibieron de ellas su educacion moral y religiosa.

Respecto á los bienes que la mujer ha hecho al mundo, como religiosa, no os digo ni palabra, pues bastante conoceis la grandeza y sabiduría de las Santas Clara, Catalina de Sena, Teresa de Jesus, Brígida y Francisca Romana, destinadas por Dios para coronar obras que los hombres juzgaban imposibles.

Para concluir, señores, traigamos á la memoria á las mujeres célebres en la historia profana.

Cuán bella se presenta á mi vista Isabel la Católica, despojándose de sus joyas, para buscar un nuevo mundo: cuán sublime, Doña Blanca de Castilla, encomendándole á San Luis el estandarte de la Cruz, para que con él rescate los lugares santos, ó muera en el campo de batalla: cuán grande, Catalina de Médicis, preparando el camino

á Enrique IV y salvando la monarquía y el catolicismo en Francia: cuán digna, María Estuardo, doblando la inocente cabeza ante el verdugo: cuán valerosa y firme, María Teresa, luchando contra todos los soberanos de Europa: cuán admirable, María Antonieta, sosteniendo su dignidad en medio de la desenfrenada demagogia; y cuán piadosa, la inocente Isabel, hermana del desgraciado Luis XVI.

Todo esto, señores, es muy grande y sublime; pero lo admirable es, que hasta en el campo de batalla ha sido muy grande la mujer.

La Francia, casi ocupada por los ingleses; su rey, poco menos que prisionero, y su nacionalidad ya al espirar, no encuentra quien la salve; hasta que una jóven de diez y ocho años, no menos hermosa que virtuosa y santa, cambia su traje de pastora por la armadura de guerrero, y montada sobre un caballo blanco, con espada en mano, rompe el sitio de Orleans, se pone á la cabeza del ejército, hace huir vergonzosamente á los ingleses, planta su bandera en el campo enemigo, lo desaloja de las plazas fuertes que ocupaba, y conduce á Carlos VII á Reims para que allí sea consagrado. De esta manera y por una niña, fué salvada la nacionalidad y el catolicismo en la monarquía mas importante de Europa.

Señores: la historia de las grandezas de la mujer, que sucintamente he puesto delante de vuestros ojos, se reduce á estas dos palabras: fé y abnegacion, sin las cuales ninguna mujer puede ser grande y por consiguiente tampoco pueden serlo las familias, y mucho menos las naciones. La primera de estas virtudes es un don del cielo, y la segunda se consigue con la educacion religiosa; aquella producirá mujeres buenas, pero para hacerlas grandes tiene que hermanarse con ésta. Nuestras mujeres son muy buenas porque tienen mucha fé, pero no pueden ser grandes porque les falta la educacion religiosa, sin la cual no puede haber abnegacion, base indispensable de toda grandeza. Esta verdad no se reconoce en nuestro siglo, y de ahí viene que haya sido tan escaso de mujeres grandes. Unos han creído que la educacion religiosa consiste en rezar mucho y en evitar aun los goces lícitos, ra-

zon por la cual muchas mujeres han errado su vocacion, confundiéndola con el estado religioso y haciéndose de esta manera desgraciadas é insoportables á la sociedad; y otros han confundido la piedad con la holgazanería, y de esta manera han desacreditado la religion y corrompido la sociedad; de suerte que ambos han sido causa de que se haya llegado á creer que la educacion religiosa es perjudicial á la mujer, y que solo le conviene la literaria, lo cual es un pésimo error. La instruccion religiosa sin la instruccion literaria es mucho para la mujer; la instruccion literaria sin la instruccion religiosa, no le sirve para nada, si no es para inspirarle mayor aprecio de sí misma, una vanidad mayor y un deseo mas vehemente de hacerse valer, sentimientos de que no tiene necesidad, y que son un nuevo peligro para su flaqueza y un nuevo alimento para sus pasiones. Una mujer cuya instruccion literaria no está equilibrada con la religiosa, y cuyo talento no está sujeto por los principios y sentimientos verdaderamente cristianos, es una mujer temeraria, imprudente, ligera, frívola, orgullosa, y que solo se hace notar por una gran pretension de que tiene talento, por un soberbio desprecio de las demas y por una necia idolatría de sí misma. Al contrario, cuando la mujer tiene instruccion religiosa, vemos que es humilde, sabia, discreta, previsora y consagrada enteramente á la verdadera felicidad de su esposo y de sus hijos. Tal vez no podrá hacer bellas disertaciones sobre el bien; pero podrá practicarlo, y esto es cuanto esperan de ella Dios y los hombres, la familia y la sociedad.

De todo lo dicho, señores, podeis colegir, que el mejor remedio para curar las enfermedades de nuestra desgraciada patria, es la educacion de la mujer. Todavía no estamos en el caso de Horacio, y antes al contrario, podemos exclamar: "México tiene esperanzas de ser muy grande y feliz porque sus mujeres son muy buenas."

Sí, padres de familia, no crucemos los brazos al ver el torbellino que se desata sobre nuestras cabezas, ni oponamos nuestras débiles fuerzas á su hercúleo poder; pero sí, preparad á vuestras hijas por medio de la verdadera educacion cristiana, para que sean los salvavidas de vues-

tros hijos y de la nacionalidad de México. Os hablo como mexicano; porque como sacerdote del Altísimo, estoy muy seguro de que esta santa religion que recibió en sus brazos á la humanidad al tiempo de nacer, asistirá á sus funerales y cerrará su tumba. ¡Pluguiese al cielo que otro tanto pudiese asegurarnos, de la autonomía de nuestra desgraciada patria!

Vosotras, hijas mias, en cuyos inocentes oídos resonará algun dia la estúpida blasfemia, de que el catolicismo es la religion de las mujeres, no os escandaliceis, pues este sareasmo contiene una gran verdad; porque el catolicismo es, en efecto, la única religion amiga y protectora de la mujer. El la rescató de la esclavitud del pecado y del hombre; él convirtió á vuestro señor y tirano en vuestro protector, vuestro apoyo, vuestro compañero y vuestro hermano; él puso un cetro en vuestras débiles manos, marchitas por las cadenas de una larga esclavitud; él hizo de vosotras un sér sagrado, que todos se complacen en venerar y amar; él hizo, en fin, de la mujer, la mediadora de la paz, la fuente de la felicidad en la familia, el eje de la civilizacion en la sociedad y la admiracion del mundo.

La Iglesia católica, hijas mias, es el centinela avanzado de vuestros derechos y prerogativas, y por eso cuando alguno ha osado tocar la gloria de la virginidad ó la santidad é indisolubilidad del matrimonio, que son la base de vuestra libertad é independenciam, ella ha dado grandes gritos, y con el arrojo de una leona á quien le han robado sus cachorros, os ha defendido y puesto al abrigo de la brutalidad del hombre. Amadla y engrandecedla con vuestras virtudes, correspondiendo á la realizacion de mi pensamiento, que no es otro sino el del gran Dr. y Padre de la Iglesia San Ambrosio: "Si yo consigo reformar las mujeres, en el mismo hecho habré conseguido reformar los hombres."

Señores: por no ser difuso omito la lectura de las calificaciones que obtuvieron las niñas en los tres exámenes que hubo en el año, y de las cuales han resultado los siguientes premios.

Primera clase. Concepcion Calderon y Magdalena Higareda: en la segunda, Dolores Treviño y Delfina Ruiz: en la tercera, Delfina Vaca; y en la cuarta, Nieves Bravo y Refugio Mendoza. En general, se han distinguido por sus adelantos, Concepcion Orozco, Agustina Diaz, Dolores Treviño, Jovita Silva, Pascuala Hurtado, Jesus Alvarez, Emerenciana Perez y María Orozco; pero en ninguna han sido tan notables como en la citada Jesus Alvarez, y por consiguiente á ella corresponde el premio de mayor adelanto.

En costura y labor, serán premiadas, Concepcion Calderon, Delfina Garcia, Pascuala Hurtado y Nieves Bravo, rifándose el de mayor adelanto entre Jesus Vazquez y Jesus Alvarez.

De los premios extraordinarios, se dará el de Religion á Concepcion Calderon; el de Congregacion, á Clementina Plancarte; el de inglés, á Agustina Diaz y Rafaela Maciel; el de Composicion, á Concepcion Calderon; el de Industria, á Encarnacion Bravo; el de Piano, á Jovita Patiño y Concepcion Alejandre; el de Canto, á Refugio Gutierrez y Delfina Vaca; debiendo ser muy elogiadas por su aplicacion, Jovita Silva y Concepcion Alexandre. El del *segundo concurso*, esto es, de las materias que abraza la verdadera educacion de la mujer, lo ha obtenido por tercera vez Concepcion Calderon.

Queda aún, sobre la mesa, el premio de buena conducta y las insignias reales que le corresponden á su dueño. Concepcion Calderon ha marchado firme y velozmente por el camino de la virtud; pero siendo la actual Reina del Colegio, no podemos enaltecerla mas, si no es coronando al fruto de su buen ejemplo, á Delfina Vaca. Yo me regocijo al ver á la cabeza del Colegio una niña de trece años, y no podré dejar de admirar virtud tan grande en edad tan tierna.

¡Hija de mi corazon, mientras vivas, nunca olvides que esta corona es símbolo de tu inocencia y del dominio que has adquirido sobre tí misma! Guarda ílesa la pureza angelical de tu alma, para que esas rosas que coronan tu frente y que están regadas con el sudor y lágrimas de tus buenos padres, se conserven frescas y lozanas, hasta que

al bajar al sepulcro el Señor te las cambie por las de la gloria celestial. Recuerda tambien, que al buen ejemplo de una hija de Uruapan, debes hoy tu gloria: ámala como tu mejor amiga y ama á su pueblo como yo lo amo, porque en sus hijas has encontrado modelos de virtud, talento y aplicacion.

Faltaria á la justicia, si no hiciese esta mencion honrosa de las niñas Clementina Plancarte, Jovita Silva y Ezequiel Aguilera, cuya conducta ha sido ejemplar, y á quienes toca disputarse la corona en el año venidero.

Guadalupe del Rio, primera alumna interna de este Colegio, deberia ocupar un lugar muy preferente en ese trono, pero cortó su carrera á medio año; sin embargo de no pertenecer ya al Colegio, en premio de su virtud y adelantos, quiero que sea coronada y premiada como Reina.

Concluyo, señores, participándoos, que las alumnas que concluyeron el año pasado, han empezado ya á ser útiles á la sociedad. Genoveva Garcia, Rafaela Tápia y María Velazquez han continuado en el Colegio, prestando sus servicios en clase de maestras; Luisa Gonzalez en Tamitaro, Francisca Alexandre Herrera, Jesus Moreno, Herlinda Sandoval y Soledad Tápia en este lugar, se han dedicado á la enseñanza de los pobres, de una manera digna de todo encomio. Tanto á estas personas como á las otras, á quienes ni nombro por ser tan conocidos sus servicios, celo, abnegacion y desinterés, les manifiesto mi gratitud por sus buenos servicios; lo mismo que á vosotros, ¡oh señores! por habernos confiado la educacion de vuestras hijas, favor que siempre agradeceremos en nuestro corazon los indignos superiores del Colegio de la Purísima Concepcion.—DIJE.

J. Antonio Plancarte.